

Capítulo 125

El duque miró fijamente al frente con la mirada perdida.

Lo que veía era un mundo de cenizas.

Luego vino la tierra árida donde no crecía ni una sola brizna de hierba, una tierra vacía donde todo había desaparecido.

Cuando comenzaron a aparecer rostros familiares en esa tierra desolada, se dio cuenta de algo: se trataba de un recuerdo del pasado, un recuerdo difuminado que ahora le costaba recordar.

Sin embargo, con el paso del tiempo, se convirtió en un recuerdo que solo podía ver en sueños.

Era la razón por la que había sobrevivido hasta ahora y, al mismo tiempo, era el yugo que lo atormentaba desde sus recuerdos.

El duque no podía apartar la vista de la escena.

Allí vio las espaldas de los Magos Verdaderos que conocía bien.

Entre ese grupo aparecieron rostros conocidos, desde el de un Mago Verdadero que había estado allí antes de que él se convirtiera en discípulo de su maestro, hasta los de aquellos que se convirtieron en Magos Verdaderos más o menos al mismo tiempo, e incluso los de aquellos que se convirtieron en discípulos de otros Magos Verdaderos más tarde, pero que alcanzaron la maestría más rápido que él.

Más allá de la tierra árida, todos se adentraron en el abismo.

Lo siguiente que vio fue el rostro sonriente de su maestro.

Su sonrisa era tan compasiva como siempre.

«No se puede evitar. En el momento en que el alma de este mundo se llena, se vuelve inevitable», había dicho.

Si no fuera por las lágrimas, podría haberlo confundido con un momento de alegría.

«Es bueno que no te hayas convertido en un Mago Verdadero».

No, no era eso.

Debería haberse convertido en un verdadero mago.

Debería haber sido útil.

Eso era lo que él creía, y parecía que el él de su recuerdo había dicho algo en ese sentido.

¿Qué había dicho?

No podía recordarlo.



No estaba claro, pero parecía que había montado una rabieta porque quería ir con ella.

Sin embargo, a diferencia de las palabras que no podía recordar, la imagen de su amo permaneció en su memoria.

«Si no eres un verdadero mago, solo será una muerte vana. Así que te dejaré mi espalda».

Con una expresión de resignación, el rostro de su maestro.

«Sobrevive sin importar lo que pase. Protege este mundo como nosotros, los Magos Verdaderos, lo hemos protegido».

Mientras la última voz de su maestro, que se había vuelto más alto que él, le acariciaba la cabeza, el maestro y los Magos Verdaderos lo dejaron y se adentraron en el abismo, para bloquear el pecado que se arrastraba desde las raíces.

Para proteger este mundo.

Para proteger a la humanidad.

Para proteger al medio mago, lo dejaron y se dirigieron allí.

Lo último que vio fue un sonido grotesco mientras su recuerdo del mundo gris se retorcía violentamente y el duque escupía sangre.

Con ojos impotentes, miró a su alrededor.



Lo que vio fue todavía un mundo de cenizas y, de nuevo, la tierra árida.

Sin embargo, incluso entonces, se dio cuenta de que ese lugar no era un recuerdo borroso del pasado.

Era similar a aquel tiempo pasado, pero definitivamente diferente.

El duque Komalon permanecía de pie, con la mirada perdida.

Donde antes se encontraba el descolorido recuerdo de los Magos Verdaderos, ahora había un hombre de pie, un semimago sin emoción visible en su rostro, que lo miraba en silencio.

El marqués Palatio estaba allí, mirando al duque.

El estado físico del marqués no parecía bueno.

Aunque antes no se veía claramente, las partes de sus manos y cuello que no cubría su abrigo negro eran azules, un caso grave de toxicidad mágica en el que sería extraño que no se produjera endurecimiento.

¿Eso es todo?

La mayoría de las heridas cerca de su piel azul eran leves, pero tenía una lesión grave en el brazo derecho.

Sin embargo, eso no causó una gran impresión en el duque Komalon.

«Ejem».

Al final, a diferencia del marqués, que aún podía mantenerse en pie, el propio duque Komalon estaba sentado.

Bajó la vista.

Había un enorme agujero.

Un agujero tan grande que era imposible seguir viviendo como humano a pesar de usar el cuerpo abisal, perforado justo en medio de su abdomen.

«Ja...» El duque se rió involuntariamente.

No se dio cuenta de por qué se había reído.

¿Era porque su mente se estaba volviendo extraña?

¿O era una sensación de liberación, por haberse liberado finalmente de una pesada carga?

¿Qué podría ser?

¿Por qué sería eso?

De hecho, el duque Komalon sabía bien por qué se había formado una risa hueca en sus labios.

Exactamente.

«Sobrevivir sin importar lo que pase. Por lo tanto, proteger este mundo. Lo hemos hecho», ahora podía volver a deducir, después de cientos de años, lo que habían sido meros fragmentos en su mente, no recuerdos, sino objetivos ciegos.

«El mundo que protegieron los Magos Verdaderos».

El recuerdo del rostro de su maestro que emergió era lejano.

En esa lejanía había otra emoción.

Los sentimientos de arrepentimiento y lástima.

Él sabía por qué su amo tenía esa cara.

Ella nunca había esperado que él protegiera el mundo.

El maestro no creía que pudiera proteger el mundo.

Era demasiado débil para tales expectativas.

Incluso él sabía que lo que decía su maestro era solo para apaciguarlo, ya que estaba haciendo demandas irrazonables.

Puede que no tuviera talento, pero no era tonto.



Pero aunque el maestro no lo esperara, aunque nadie más lo esperara, él solo decidió proteger el mundo que los Magos Verdaderos habían defendido, viéndolos entrar en el abismo.

Juró no permitir que sus sacrificios fueran en vano.

Sin embargo, irónicamente, el inicio de tal promesa se debió más a la autosatisfacción que a una causa noble.

Un medio mago que nunca había sido reconocido, para ser reconocido como un verdadero mago.

Un voto hecho para poder pensar y declararse con orgullo parte de los Magos Verdaderos.

Aunque nadie más lo reconociera, él quería pensar así.

Por eso, la sonrisa que se dibujó en sus labios era burlona.

«Al final, ¿no soy más que un medio mago?».

Escupió sangre y se rió sin darse cuenta.

Porque no había logrado nada.

Tal y como había previsto el maestro.

Tal y como habían previsto los Magos Verdaderos.

Suspiró secamente y se dio cuenta de que su visión se estaba volviendo borrosa.

La muerte que había pospuesto durante incontables años con un único propósito se acercaba ahora.

«Duque».

En medio de todo esto, una voz lo llamó y él giró la cabeza.

Allí estaba el marqués Palatio, mirándolo con la misma expresión impasible de antes.

Estaba a punto de hablar.

«Eres, sin duda, un verdadero mago».

Una suave exclamación.

No podía entender por qué el marqués diría algo así.

Pero independientemente de sus intenciones.

«... uggh».

No pudo evitar esbozar una leve sonrisa.



Fuera cual fuera la intención, al duque le pareció muy dulce.

Aunque las palabras pronunciadas por el marqués fueran una mentira, eran las palabras que él quería oír.

Así, el duque, sonriendo, dijo:

«Ve a la frontera sur del extremo este. Con el escudo que has recibido, quizás consigas ayuda. Quizá también veas la verdad».

Cerró los ojos como forma de agradecimiento.

A medida que se acercaba el abismo, su conciencia comenzó a desvanecerse lentamente hasta caer en el sueño.

Y, finalmente, lo que recordó fue, irónicamente, su último recuerdo.

Lo último que no pudo recordar hasta el final.

—Sobrevive sin importar lo que pase. Así, protegerás este mundo. El mundo que protegían los Magos Verdaderos.

Las últimas palabras que le dijo su maestro.

—Eres un verdadero mago.

Ese fue el último recuerdo que tuvo antes de que su conciencia se sumergiera por completo.



«¿Es eso cierto? ¿Creías en mí...?»

Finalmente, el Medio Mago cayó en un sueño eterno, con una pequeña sonrisa en los labios.

Y los «ojos» que el medio mago nunca había visto observaban en silencio su muerte.

Habían pasado tres días desde la muerte del duque Komalon y la crisis provocada por el dios exterior artificial que amenazaba con destruir todo el reino de Ashtalon había terminado.

Finalmente, el reino de Ashtalon había recuperado la paz.

Aunque muchos nobles murieron en el baile al que asistió el duque Komalon y varios territorios quedaron completamente destruidos, lo que provocó el caos, la crisis inmediata se había extinguido.

Otros países en los que habían aparecido dioses externos artificiales también lograron la paz al derrotarlos en torno a la fecha de la muerte del duque.

En esta nueva paz, «Voy a morir», gimió el marqués Palatio, Alon, que llevaba tres días seguidos sufriendo un terrible dolor en todo el cuerpo.

Era de esperar, dado que se había tomado trece botellas de poción mágicas durante la pelea con el duque.



Su reserva mágica había aumentado sin duda, y la eficacia de su magia había mejorado de forma abrumadora, aunque no había utilizado muchos hechizos de manifestación propia.

Sin embargo, la batalla con el duque Komalon lo había empujado a usar más magia de la que sus límites le permitían.

«Suspiro», el dolor era implacable.

Mientras Alon gemía, Evan, que lo estaba atendiendo, dijo: «Pero ¿no es increíble? El sacerdote dijo que podrías haber muerto tal y como estabas. Es un alivio, de verdad. Hasta ayer, apenas podías abrir la boca, pero ahora puedes hablar».

«Sí, es cierto», Alon recordó al sacerdote que le había preguntado con cautela la última vez: «¿Quizás no eres humano?».

El sacerdote había dicho que era un milagro que no hubiera muerto por un grave envenenamiento mágico.

«Aun así, quizá debería tener más cuidado con esas cosas a partir de ahora, marqués».

«Me gustaría», respondió Alon.

«Te metes en demasiadas situaciones peligrosas».

«¿Estás preocupado?».

«Por supuesto».

«¿Es porque tienes que seguirme a todas partes?».

«Hmm, sinceramente, eso también influye un poco», bromeó Evan, lo que hizo sonreír a Alon por dentro.

—¡Maestro!

De repente, Seolrang irrumpió por la puerta.

«¿Estás bien?».

En cuanto Seolrang vio a Alon, corrió hacia él.

«Estoy bien... bueno», Alon asintió con la cabeza, pero luego miró la clavícula de Seolrang.

Había una gran herida que no estaba allí antes y que parecía no haber sido curada por el sacerdote.

«Esa herida...».

«¿Esto? ¡No esquivé bien un ataque la última vez y me pasó esto! ¡Pero no pasa nada, maestro! ¡No me duele!».

Seolrang se rió como si la herida causada por un error no fuera gran cosa, pero la expresión de Alon detrás de su impasibilidad era complicada.



Independientemente de lo que ella pensara, esa herida era el resultado de que Seolrang intentara ayudar a Alon.

«Lo siento».

«¿Eh? ¿Por qué lo sientes, maestro? Ha sido culpa mía», Seolrang parecía genuinamente confundido, pero la mirada de Alon permaneció fija en la herida.

«Es una herida que te hiciste al intentar ayudarme. Y puede que te quede una cicatriz, lo que la haría fea. Me siento avergonzado».

Al oír esto, Seolrang dejó de sonreír por un momento y se miró la clavícula.

Desde la clavícula derecha hasta el extremo del hombro, se quedó mirando la cicatriz y luego miró a Alon.

—¿Maestro?

«¿Sí?»

«¿Qué opina, maestro?»

«¿Qué pienso?»

«Sí, maestro, ¿crees que esta cicatriz me hace parecer feo?».

Ante la pregunta de Seolrang, Alon se quedó en silencio antes de negar con la cabeza.

«En absoluto».

«¡Entonces está bien!».

«¿De verdad?».

Aunque su rostro permaneció impasible, Alon se sintió desconcertado por dentro.

«Sí, siempre y cuando no le parezca extraño, maestro, ¡no me importa en absoluto!».

exclamó Seolrang alegremente, sonriendo una vez más, y Alon sintió una punzada en el corazón sin darse cuenta.

—¿Eh?

Evan miró a Alon a la cara, sorprendido.

Aunque era muy leve, Alon definitivamente estaba sonriendo.

Evan, que llevaba casi una década a su servicio y nunca había visto ni el más mínimo cambio en su expresión, se quedó momentáneamente atónito.

Poco después, Alon se despidió de Seolrang, que se había marchado para recibir tratamiento, y luego saludó a un visitante inesperado que había venido a verlo.



El alborotador, Karsem, había venido a visitarlo.

De hecho, aparte de acompañar a Seolrang, no tenía ninguna relación con él.

«¿Por qué está aquí...?»

«¿Está bien, señor...?»

«???

Al ver a un miembro de la realeza de la Colonia inclinándose de repente con el mayor respeto, Alon no pudo evitar sentirse desconcertado de nuevo.